

JEAN DANIELÉLOU



LA MISIÓN DE LOS ÁNGELES

SEGÚN LOS PADRES DE LA IGLESIA





Presentación

Hace aproximadamente medio siglo que el entonces padre Daniélou publicó el libro que ahora presentamos. Como él mismo lo confiesa en la Introducción, se encontraba ante dos actitudes erróneas con respecto a los ángeles. Por una parte, estaban aquellos “racionalistas” que negaban el carácter personal de los ángeles, y a los cuales se había referido el papa Pío XII en la encíclica *Humani Generis* aparecida muy poco tiempo antes. En el otro extremo estaban aquellos que tributaban un indiscreto culto a los ángeles, intentando acceder a ellos por medio del espiritismo.

El tiempo transcurrido ha modificado sensiblemente la situación. La teología y las manifestaciones piadosas del pueblo cristiano han evolucionado, y en todo esto ha tenido mucho que ver la renovación que aportó la realización del Concilio Vaticano II, celebrado una década después de la aparición de este libro. Pero aun cuando hoy todo se ve con aspectos y contenidos tan diferentes que se puede hablar con justicia de posiciones anteriores y posteriores al Con-



cilio, todavía persisten en la Iglesia las dos actitudes con respecto a los ángeles que indicaba el padre Daniélou en su tiempo. Los ataques a la angelología y el culto supersticioso a los ángeles son características de nuestra época. Los tiempos han cambiado, pero el problema sigue siendo tan actual como en la época en que el cardenal Daniélou publicó su obra por primera vez. Un signo elocuente de este interés es que hace muy pocos años la editorial Desclée procedió a reeditar este libro.⁴

Si en aquel tiempo las críticas a la angelología tenían su origen en los "racionalistas", ubicados en la vereda de enfrente, hoy estas se oyen en el interior de la Iglesia y parten de algunos teólogos, pertenecientes principalmente al grupo de los investigadores de la Biblia.

Porque si es bien sabido que en los documentos de la Iglesia se afirma que la existencia de los ángeles es un dato perteneciente a la fe,⁵ muchos exégetas se interrogan sobre la fundamentación bíblica de esta enseñanza. Estos autores sostienen que en los textos de la Sagrada Escritura no existe una angelología propiamente dicha. Algunas figuras que tradicionalmente son identificadas con los ángeles no son más que imágenes tomadas de la mitología, y los llamados ángeles y arcángeles pueden ser interpretados como recursos literarios para representar la providencia de Dios sobre los hombres.

4. Collection "Essais", Desclée, Paris, 1990.

5. Véanse, por ejemplo, los números 328-336 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Se dice, por ejemplo, que algunas pretendidas categorías angélicas, como los querubines, los serafines, los tronos, las dominaciones, los principados y las potestades, en ninguna parte de la Sagrada Escritura son llamadas “ángeles”. Algunas de ellas, como los querubines y los serafines, no pasan de ser figuras mitológicas, que también se encuentran en otras culturas. Los querubines son animales fabulosos, con aspecto de hombre, de toro, de león... que guardaban las puertas de palacios y templos en Asiria. Los serafines son serpientes de fuego, representación de los rayos. Estos seres monstruosos han sido asumidos a partir de cierta época por los autores bíblicos para describir el temible trono de Dios. Los tronos, dominaciones, principados y potestades son personificaciones de los poderes que rigen este mundo y a sus gobernantes, y están asociados más bien al mundo demoníaco (ver, entre otros textos, por ejemplo, 1 Cor 15, 24). El haber identificado a todos estos seres con ángeles es obra de los escritores de la época cristiana.

Quedan entonces los ángeles y los arcángeles. Con respecto a estos, los autores aludidos advierten que la figura del ángel, muy frecuente en la Sagrada Escritura, puede interpretarse la mayoría de las veces como un recurso literario para representar la presencia o la providencia del mismo Dios. En muchos casos el ángel de Yahveh comienza su discurso presentándose como el mismo Dios (véanse, por ejemplo, textos como Éx 3, 2-6; Jc 6, 11-14; etc). Las multitudes de ángeles que rodean el trono de Dios, en muchos otros textos, no pasan de ser elementos comunes en



la literatura apocalíptica, fundamentalmente simbólica, o resabios de una concepción politeísta primitiva cuando el monoteísmo no estaba todavía firmemente asentado. Por ejemplo, allí donde el texto hebreo dice "te cantaré en presencia de los 'dioses'" (Sal 138, 1), la versión griega de los LXX ha traducido, por escrúpulo, "en presencia de los ángeles", y esta es la lectura que ha llegado tradicionalmente a los fieles cristianos.

Finalmente, los autores que critican la angelología indican que la fundamentación bíblica de esta disciplina teológica parte de una lectura a-crítica de los textos o de tradiciones que se fundan en la literatura apócrifa, principalmente del libro de Henoch; de lo que nos ocuparemos más adelante.

Estas críticas de los expertos en Sagradas Escrituras llevan a la conclusión de que los datos bíblicos, tomados aisladamente, no tienen fuerza suficiente como para sostener la creencia en la existencia de los ángeles.

En el extremo opuesto de esta crítica a la angelología se encuentran hoy todos aquellos que promueven o tienen una devoción indiscreta a los santos ángeles. Como una manifestación de la religiosidad *light* que tiene como referente principal a la *New Age*, la devoción a los ángeles ha crecido desmesuradamente sin ninguna referencia a Cristo ni al compromiso cristiano. Estas expresiones, signos indudables de una búsqueda de lo espiritual, han derivado en la mayoría de los casos en prácticas que rozan con lo supersticioso y lo ridículo, como es la de averiguar el nombre del ángel de cada uno, el color de su ropaje, o las llamadas telefónicas pagas



para poder hablar con el propio ángel de la guarda... El ángel es convertido en una especie de amuleto para poder sentirse bien o satisfacer la fantasía personal, que no hace ninguna referencia a la fe del Evangelio ni a sus exigencias.

Sin llegar a estos excesos criticables, en muchos ambientes católicos se difunde una devoción a los ángeles que parece hacer peligrar el lugar central que Jesucristo tiene como revelador del Padre y redentor de los hombres. Para algunos fieles devotos de los ángeles, toda revelación y salvación proviene de estas creaturas angélicas.

Ante todo esto, es comprensible que muchos se pregunten: ¿es serio seguir creyendo en los ángeles? Para responder a esta inquietud nos ha parecido oportuno editar en castellano esta obra del cardenal Daniélou, que muestra la forma en que la tradición cristiana ha entendido el papel de los ángeles en la historia de nuestra salvación. Este estudio se hace necesario porque es sabido que los católicos no entendemos la revelación de Dios, contenida en la Sagrada Escritura, si no es en el contexto de la Tradición, es decir, en el ámbito de la Iglesia viviente y que se expresa por la predicación de los Padres, la liturgia, la piedad de los fieles, la espiritualidad, el arte, el sentir del pueblo cristiano...

En esta Tradición, los padres de la Iglesia son los testigos privilegiados que deben ser escuchados con respetuosa atención, porque ellos son aquellos escritores cristianos de los primeros siglos que por su santidad y su erudición son considerados como fie-



les intérpretes y transmisores de la palabra de la revelación. Ellos recibieron el mensaje de la salvación, lo vivieron, lo meditaron, estudiaron y explicaron, y muchas veces también lo defendieron dando el testimonio con el derramamiento de su sangre.

Los santos Padres argumentan siempre a partir de los datos que encuentran en las Sagradas Escrituras. Pero en algunas oportunidades también recurren a otros libros que para el común de los cristianos resultan desconocidos y que son citados como testigos de la tradición. Son los llamados "apócrifos". Esta literatura lleva este nombre, que significa "separados", porque la Iglesia no los ha recibido como parte de la Sagrada Escritura. Son libros escritos en el pueblo de Israel a partir de los últimos años anteriores a Cristo o por cristianos en los primeros años de la época del Nuevo Testamento. Algunos nacieron de un honesto deseo de completar los datos de la Biblia, añadiendo relatos o discursos originados en la fantasía de los autores. Otros, en cambio, surgieron de la necesidad de dar un fundamento aparentemente sólido a doctrinas nuevas o extravagantes, por lo cual suelen estar inficionados de herejía. Para lograr aceptación dentro del público fiel, estas obras aparecían respaldadas por nombres de prestigio: se presentaban como obras de profetas o de apóstoles. A pesar de que varios de estos libros fueron tenidos en gran consideración durante mucho tiempo, la Iglesia no ha reconocido en ellos el auténtico testimonio de la tradición apostólica, no ha oído en ellos el eco de la predicación de los que fueron los primeros testigos. Por eso los



ha desechado dejándolos separados ("apócrifos").⁶ Algunas veces se encuentran en ellos elementos de auténtica tradición cristiana, pero sólo quienes tienen la mirada bien afinada —como los santos Padres— pueden descubrir el grano de trigo en medio de la paja. No es de extrañar, entonces, que en los escritos de los Padres se encuentre alguna cita de los apócrifos. Como algunas de estas obras pueden resultar desconocidas para los lectores, me ha parecido útil agregar un apéndice con los datos considerados indispensables sobre cada uno de ellos. La profesora María Mercedes Bergadá, dedicada desde hace muchos años al estudio del pensamiento patristico y medieval en la Universidad de Buenos Aires, además de ocuparse de la traducción de este libro, ha tomado a su cargo la preparación de otro apéndice con los datos de los santos Padres y otros autores de la antigüedad citados en la obra.

Es indudable que los padres de la Iglesia, y toda la Iglesia, no han entendido a los ángeles si no es en relación con Cristo, como "enviados en ayuda de los que van a heredar la salvación" (Heb 1, 14). Así lo vive la auténtica religiosidad del pueblo fiel y así se expresa diariamente en la liturgia de la Iglesia.

Presbítero Luis Heriberto Rivas

6. En Israel se ha dado un fenómeno semejante, porque hay escritos del judaísmo que no fueron aceptados en la Biblia por los mismos judíos. Pero la Iglesia no se ha regido por la autoridad judía en el momento de definir el canon de las Escrituras, ya que la Biblia de los católicos incluye algunos de los considerados "apócrifos" por los judíos. Son los siete libros del Antiguo Testamento conservados en lengua griega y algunos fragmentos de los libros de Daniel y de Ester.





Introducción

Puede parecer de interés secundario consagrar un libro a los ángeles. Sin embargo, un pasaje de la encíclica *Humani generis*, asombrándose de que algunos nieguen el carácter personal de los espíritus celestes, nos recuerda que la cuestión no deja de tener actualidad, y de hecho encontramos hoy dos errores a este respecto. El primero proviene de espíritus racionalistas que reducen ángeles y demonios a personificaciones de realidades psicológicas y de buena gana verían en ellos la interpretación mítica de realidades cuya clave nos la daría el psicoanálisis. Otros, en cambio, reaccionando con justa razón contra estas tendencias, manifiestan una viva curiosidad por el mundo invisible, pero tratan de penetrar en él por medio del espiritismo o de la teosofía y se apartan por estas imprudentes tentativas de la única vía de acceso que nos ha sido dada: Jesucristo.

Por eso, hablar hoy de los ángeles no será inoportuno. Además, vemos que los más grandes entre los santos y hombres de Dios, desde san Agustín hasta

John Henry Newman, han vivido en la familiaridad con ellos. Y la tradición de la Iglesia siempre les ha otorgado un lugar muy amplio en su teología. Basta con recordar los extensos artículos que les están consagrados en la *Suma Teológica* de santo Tomás de Aquino, donde las más sutiles cuestiones concernientes a su naturaleza y su gracia, su intelecto y su amor, son resueltas con admirable maestría. Por eso no queremos retomar ese estudio en el que mal podríamos hacer otra cosa que referirnos a aquel que ha sido bien llamado el Doctor Angélico.

Nos ha parecido, empero, al leer a los padres de la Iglesia, que las circunstancias de su época habían atraído su atención sobre algunas cuestiones que no fueron objeto de preocupación para la teología de épocas posteriores. Viviendo como ellos vivían en contacto con un ambiente judío y en un mundo pagano, testigos por otra parte de la primera expansión del cristianismo, la atención de los Padres no se dirigió tanto a reflexionar sobre la naturaleza de los ángeles y su función de adoradores cuanto a considerar las misiones que cumplen entre los hombres en los diferentes momentos de la historia de la salvación.

Al hacer esto no eran otra cosa que exégetas de las Escrituras. Pues estas nos muestran a Dios Todopoderoso valiéndose del ministerio “de los espíritus enviados en misión” (Heb 1, 14) a lo largo de todo el Antiguo Testamento para ser los mensajeros de sus revelaciones. En el umbral del Nuevo Testamento es también por intermedio de ellos como Zacarías, Jo-





Presentación	5
Introducción	13
Los ángeles y la ley	19
Los ángeles y la religión cósmica	33
Los ángeles de la Navidad	45
Los ángeles de la Ascensión	57
Los ángeles y la Iglesia	69
Los ángeles y los Sacramentos	83
El ángel custodio	99
Los ángeles y la vida espiritual	117
Los ángeles y la muerte	131
Los ángeles y la parusía	143
Apéndice 1	155
<i>Literatura apócrifa</i>	
Apéndice 2	159
<i>Padres de la Iglesia y otros autores antiguos mencionados en esta obra</i>	